

## INTERVENCION DEL PROFESOR

### WILLIAM J. WILSON \*

A partir de fines de los años 70 surge, a ambos lados del Atlántico, una nueva forma de desigualdad social; descrita como una nueva forma de pobreza, dicha desigualdad refleja los cambios en el tamaño y composición de los grupos económicamente marginales, una asociación más fuerte entre la raza y la privación económica de estos grupos, una tendencia descendente en las oportunidades de vida y un aumento del aislamiento social y político.

En contraste con el período comprendido entre los años 1940 y 1970, las tasas de pobreza no sólo han exhibido una tendencia ascendente en la mayor parte de las sociedades occidentales sino que dichas tasas han crecido desproporcionadamente entre los sectores más jóvenes de la sociedad y la fuerza de trabajo recién incorporada al mercado laboral. Las alzas más significativas en los niveles de pobreza han tenido lugar entre las familias más jóvenes y sus hijos, especialmente entre un número creciente de familias con un solo progenitor. También es a partir de fines de la década de los 70 que se ha producido un endurecimiento de los enclaves raciales, en especial entre los segmentos más postergados de la población.

En Estados Unidos, todos los grupos marginales económicamente activos se han visto afectados por la reestructuración económica, por el cambio en la demanda de mano de obra poco calificada, por el creciente desempleo y por el retroceso de los programas sociales urbanos. Pero los negros pobres de las urbes se han visto particularmente devastados, principalmente porque sus demandas se han visto reforzadas por su concentración espacial en los ghettos ubicados en áreas decadentes en la parte central de las ciudades. En Europa Occidental los nexos entre la raza o el estatus minoritario como exclusión social y la privación se han hecho evidentes en la última década.

En Estados Unidos, el desplazamiento de la población hacia las áreas suburbanas, ha posibilitado que un partido político gane una elección nacional sin contar con un volumen substantivo de los votos urbanos. Los suburbios emitieron el 36% de los votos en la elección presidencial de 1968, el 48% en 1988 y la mayoría de los votos en la última elección de 1992. En cada una de las tres elecciones presidenciales anteriores a la elección de 1992, el candidato presidencial demócrata obtuvo un apoyo mayoritario en las grandes ciudades pero perdió en forma abrumadora en los estados en donde se localizan estas ciudades.

---

\* Centro de Estudios sobre Desigualdad Urbana, Universidad de Chicago, Chicago, Estados Unidos

Este cruda realidad es una de las razones por las cuales la campaña presidencial triunfante de Clinton diseñó una estrategia cuidadosa para capturar un mayor apoyo de los electores que no residen en las ciudades principales, electores que representan un grupo solidario emergente y crecientemente poderoso. De hecho, la suburbanización creciente de la población blanca incide en el grado en que los políticos nacionales apoyan una mayor ayuda federal para las ciudades grandes y para los pobres. Es posible relacionar la baja marcada del apoyo federal a los programas urbanos básicos, a partir de la década de los 80 con la disminución de la influencia política de las ciudades y la influencia creciente de las coaliciones electorales en los suburbios.

La política de uso de la tierra, la política de vivienda, la organización de la política social y la política federal urbana de los Estados Unidos contribuyen a aumentar las diferencias raciales y hacen que los problemas asociados a la concentración de la pobreza, en términos raciales, sean más extremos y más difíciles de enfrentar. Comparemos Gran Bretaña y Francia, dos países que también cuentan con un número significativo de ciudadanos adscritos a minorías raciales y que tienden a concentrarse en las áreas deterioradas. En Gran Bretaña, un gobierno central fuerte ha ejercido un alto grado de control sobre los movimientos de población en el área urbana. Las autoridades locales tienen una escasa autonomía en el sistema político inglés, el que se encuentra altamente centralizado. Hasta hace poco, la única fuente de recaudación a la cual tenían acceso era el impuesto a la propiedad a los comerciantes y propietarios. Así, a diferencia de los Estados Unidos, la calidad de los establecimientos educacionales públicos depende en mucho menor grado de los recursos de los gobiernos locales y, por lo tanto, la relación entre escolaridad y residencia no es tan fuerte.

Dada la falta de autonomía y discrecionalidad en el financiamiento, la competencia entre las jurisdicciones locales es mucho menos aparente que en los Estados Unidos. Más aún, a diferencia de los Estados Unidos, en donde el gobierno federal subsidió la propiedad de la vivienda suburbana para satisfacer las demandas habitacionales de postguerra, la reconstrucción del parque habitacional en Gran Bretaña se dio principalmente a través de la construcción de viviendas públicas.

Hacia fines de los años 70, un tercio de los hogares ingleses residía en viviendas de construcción pública. El propio tamaño de este sector habitacional hizo inevitable algún grado de mezcla de los niveles de ingreso. Más aún, la vivienda pública en Gran Bretaña se concentraba, en menor grado, en determinadas localidades. La meta del gobierno de descentralizar a la población urbana se tradujo en la construcción de viviendas públicas localizadas fuera de la ciudad. A fines de los años 80, aunque el 43% de estas viviendas se localizaba en los barrios pobres de la ciudad de Londres, el 29% se ubicaba en el centro de la ciudad y el 23% fuera de ella. Aunque en la postguerra, la distribución de la población en Gran Bretaña

afectó las mezclas raciales, no se observó la marcada concentración racial característica de las ciudades de los Estados Unidos porque la vivienda pública no era intencionalmente segregada. Ante la ausencia de ghettos preexistentes, las consideraciones raciales no incidieron en las decisiones para la construcción y localización de la vivienda pública. Muchas unidades de vivienda pública fueron construidas en barrios en donde habitaba la clase trabajadora que no se encontraba racialmente definida. Más aún, las oportunidades de la clase trabajadora para trasladarse a viviendas suburbanas ocupadas por propietarios se encontraban restringidas debido a un financiamiento limitado y a un tratamiento tributario menos favorable de las hipotecas.

El patrón que predominó en Francia fue distinto. Las ciudades francesas tienden a ser lugares deseables en donde vivir y los segmentos menos favorecidos de la población se localizan en los suburbios. Bajo la supervisión de la Agencia Central de Planificación, el programa estatal de viviendas -tradicionalmente poblado por las clases medias y medias bajas- se ha abierto recientemente a las minorías inmigrantes y su representación dentro de la vivienda pública ha aumentado desde 1970. El 14% de la población francesa reside actualmente en viviendas públicas y la proporción de inmigrantes en éstas ha alcanzado al 30% en algunos estados del país. Aunque las minorías étnicas y raciales pobres tienden a concentrarse en los suburbios, la construcción de viviendas en altura que llevan al aislamiento físico, la construcción de viviendas en las áreas centrales y las políticas de uso de la tierra, controlaron los movimientos de población y permitieron una mayor mezcla de la misma en términos del ingreso, la etnicidad y la raza, en comparación con Gran Bretaña y Estados Unidos. Sin embargo, los movimientos recientes de población y la acción del Estado, que han aumentado la concentración de la pobreza y la segregación étnica y racial en Gran Bretaña y Francia, sugieren una creciente convergencia entre éstos y los Estados Unidos.

Debido a la promoción de la propiedad sobre la vivienda por parte del Gobierno de Estados Unidos, en la década de los 50, aumentó en forma marcada la suburbanización de la clase media. Una década más tarde, la promoción de la vivienda propia por parte del gobierno central en Gran Bretaña y Francia, también han contribuido a la suburbanización de la clase media en estos países. Más aún, a medida que desaparecen las barreras para su ingreso, las minorías pobres han tendido a concentrarse en el sector de la vivienda pública en ambos países. Estos dos desarrollos han determinado una segregación de la población en términos raciales y étnicos similar a la distribución racial histórica de la población en Estados Unidos, y los problemas asociados a la construcción de vivienda en altura han contribuido a la creciente separación de la población inglesa y francesa.

Difíciles de mantener, muchos de los bloques habitacionales se han convertido rápidamente en lugares dilapidados, no deseables para vivir en ellos, impulsando

a muchas personas con recursos económicos suficientes a buscar otros lugares en donde residir. Sin embargo, y por las razones expuestas anteriormente, es improbable que tanto Gran Bretaña como Francia experimenten, eventualmente, el grado de segregación económica y racial que caracteriza a las áreas metropolitanas de Estados Unidos. El control del gobierno central sobre la formación de nuevas jurisdicciones políticas en Gran Bretaña y Francia reduce las oportunidades y los incentivos para la separación espacial según raza e ingreso. En estos dos países europeos, los arreglos estructurales tales como el control local de la educación y de los impuestos así como los arreglos políticos que inhabilitan a las localidades para incorporarse y resistir los esfuerzos del gobierno federal por localizar las viviendas públicas son mucho más escasos. Por consiguiente, el fenómeno de concentración racial, tan característico del proceso de formación de ghettos en las ciudades americanas, tiene mucho menos probabilidades de desarrollarse en Francia o Gran Bretaña.

Cuando el mecanismo de concentración se activa, es mucho más probable que se restrinja a un proyecto específico de vivienda pública y puede ser revertido más fácilmente mediante intervenciones gubernamentales. En ninguno de los dos países los residentes han tenido los mismos incentivos y oportunidades para poner en práctica las antipatías raciales como en los Estados Unidos. Finalmente, ni en Gran Bretaña ni en Francia, la suburbanización se ha asociado al abandono de las ciudades como lugares residenciales. Los gobiernos centrales continúan considerando a las ciudades como un recurso natural que debe ser protegido y cuidado.

Presento estos argumentos no para sugerir que la nueva pobreza en Europa no representa cambios fundamentales y substantivos en el sistema de desigualdad; más bien lo hago para indicar que los diferentes arreglos estructurales y políticos en los países europeos reducen la posibilidad de que emerjan ghettos al estilo norteamericano en un futuro cercano. También es cierto de que aún existen notables diferencias entre Estados Unidos y Europa en términos del grado en que los problemas de pobreza y desigualdad son abordados. En contraste con muchas naciones europeas, Estados Unidos no ha creado programas comprensivos para promover los derechos sociales de los ciudadanos americanos. Los programas antipobreza han sido en gran medida dirigidos y fragmentados; en lugar de ayudar a los pobres a integrarse a la vida económica y social de la sociedad norteamericana, han tendido a estigmatizarlos y a aislarlos.

Sin embargo, la crisis económica reciente en Europa ha dificultado la mantención de los programas que expresan los derechos sociales universales e integrados de los ciudadanos. Con el creciente desempleo masivo y la creciente fragmentación de los mercados de trabajo de los países europeos, se ha producido un aumento en la presión para recortar los beneficios del Estado-bienestar. Más aún,

el aumento de la diversidad étnica y racial ha llevado a reexaminar el compromiso de postguerra con los programas universales de inclusión social, un compromiso originalmente basado en una concepción de la ciudadanía que suponía un cierto grado de homogeneidad cultural.

Los desafíos recientes a este compromiso con frecuencia reflejan un sesgo racial. Los cambios económicos y sociales más recientes en las zonas urbanas de Europa ya han creado situaciones de hecho: la movilización demagógica en torno a los sentimientos antirracistas y antiinmigrantes. A medida que las condiciones económicas se han deteriorado para una mayoría de la población, la población blanca tiende a visualizar el crecimiento de las minorías o de los inmigrantes como parte del problema. Las economías estancadas y los debilitados mercados de trabajo han puesto gran presión sobre los programas de bienestar, al tiempo que la población inmigrante, que enfrenta crecientes problemas de desempleo, se ha hecho más dependiente de la asistencia pública para su sobre vivencia. Cuando las economías europeas experimentaron mercados de trabajo activos y un crecimiento económico, el Estado-bienestar era fácil de financiar y los servicios de bienestar que contaban con mayor apoyo popular eran mantenidos o aún incrementados.

Sin embargo, las demandas para reducir los programas de bienestar se asocian al estancamiento económico y fueron influenciadas por dos desarrollos en la década de los 80. Uno, es el creciente costo de los programas y derechos sociales durante los períodos de alto desempleo y de impuestos fiscales reducidos. El otro, es el ascenso al poder de gobiernos conservadores en Gran Bretaña y en los Países Bajos, cuya postura respecto de la necesidad de reducir los costos del bienestar se ve reforzada por la ascendencia política del Reaganismo en Estados Unidos.

En diversas partes de Europa, se ha establecido una estrecha relación entre los antagonismos étnicos y raciales: los argelinos y los negros africanos han sido atacados en algunas ciudades francesas y para el espanto de los franceses progresistas, el Movimiento Nacional Antiinmigrante de Le Pen ha experimentado éxitos electorales sorprendentes. Ataques vandálicos han tenido lugar en varios barrios negros en Gran Bretaña, los inmigrantes africanos han sido atacados en las ciudades italianas, y en las ciudades holandesas han habido enfrentamientos entre cristianos y musulmanes y las minorías raciales y los blancos. Desgraciadamente, y a la luz de la creciente dislocación económica y social en Europa, es muy probable que las expresiones abiertas de racismo, tanto espontáneas como organizadas, aumenten en la medida en que los problemas económicos y sociales emergentes no sean enfrentados.

En muchos aspectos, la Europa que conocemos hoy día no se parece a la Europa que veremos a fines del siglo. En la medida en que Europa Occidental entra en un periodo de incertidumbre económica y experimente problemas crecientes de pobreza, concentración de la pobreza y desempleo entre los menos aventajados, las preocupaciones individuales por mantener los derechos sociales de los ciudadanos en los estados democráticos deberán prestar atención a lo que ha ocurrido en las zonas urbanas de Estados Unidos. Digo esto porque existe una creciente convergencia entre Europa occidental y los Estados Unidos no sólo en términos del crecimiento de los ghettos, sino también en la forma en que el público ha respondido a la creciente visibilidad y a la situación de deterioro económico y social de una minoría de poblaciones de inmigrantes. Sin embargo, a pesar de que las condiciones para la expresión del antagonismo racial han aumentado como producto de las diferencias en las organizaciones políticas, tal como lo señalara, los europeos no tienen las mismas oportunidades que los norteamericanos para expresar sus antipatías raciales. Más aún, las explicaciones oficiales y académicas sobre la nueva pobreza en Europa tienden a centrarse mucho más en los cambios e iniquidades de la sociedad en su conjunto y no en las deficiencias y comportamientos individuales, como tendemos a hacerlo en los Estados Unidos y, por lo tanto, tienden a otorgar un mayor apoyo a la ideología de los derechos sociales ciudadanos.

Más aún, los programas de bienestar que benefician a amplios segmentos de la población, incluyendo a los pobres y a las minorías, con beneficios tales como las asignaciones familiares, los subsidios de vivienda, la educación y los servicios de salud, se encuentran sólidamente institucionalizados en muchas democracias de Europa Occidental. Los esfuerzos para reducir las inversiones en estos programas, en el marco de niveles crecientes de desempleo, han encontrado una fuerte resistencia.

Sin embargo, podría concluir diciendo que los cambios en Europa están ocurriendo muy rápidamente. La medida en que el país europeo multiracial y multiétnico se acercará a los Estados Unidos en los niveles de segregación racial y de ingresos, sistemas de creencias sobre pobreza y bienestar y el compromiso con los derechos sociales, es la principal pregunta de investigación en estudios transculturales futuros. Gracias.